

REPORTE DE INVESTIGACIÓN
Dr. Carlos Alberto RÍOS GORDILLO

Proyecto 1096:

Pensamiento crítico y movimientos sociales, siglos XIX-XXI.

Línea de generación y aplicación del conocimiento:

Pensamiento crítico, teoría de la historia e historiografía.

Área de investigación:

Análisis Sociológico de la Historia

**EI MÉTODO COMPARATIVO Y LAS ESCALAS DE LA
COMPARACIÓN HISTÓRICA.**

Resumen: “El método comparativo y las escalas de la comparación histórica” es resultado de una primera indagación sobre el método comparativo y su relación con las escalas de análisis histórico. De acuerdo con ello, en la primera parte, se analiza el uso del método comparativo en la etnología británica, la sociología, la lingüística y la historia. En la segunda, sus relaciones con escalas micro-macro, en particular en la historia (aunque se enuncia la relación con la ciencia política, la sociología, la antropología). En ambas, el centro de reflexión es la historia: cómo se compara en la historia, cómo después de dos siglos de debates inconclusos, la historia comparativa sigue floreciendo en las ciencias humanas.

Departamento de Sociología.
División de Ciencias Sociales y Humanidades.
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco
2020

EL MÉTODO COMPARATIVO Y LAS ESCALAS DE LA COMPARACIÓN HISTÓRICA.

La controversia en torno a los métodos comparativos en la ciencia histórica cuenta ya con más de dos siglos. Volviendo a surgir con cada generación, en cada una de ellas reviste nuevos colores y nuevos matices, inflamando las pasiones (...) es esta una polémica entre dos inquietudes científicas: la preocupación por la precisión, la exactitud y la certeza de las afirmaciones de la ciencia, y la carrera creadora hacia los verdaderos descubrimientos. A lo largo de una polémica de dos siglos pudiera parecer que ya están agotados todos los argumentos. Pero en la ciencia nunca se da la "última palabra", ya que las nuevas experiencias históricas de la humanidad, por una parte, y los progresos de la ciencia, por otra, proyectan constantemente una nueva luz sobre los viejos problemas.

Witold Kula, 1963

1. La polémica en torno a los métodos comparativos en la ciencia de la historia atraviesa los siglos y surge de cuándo en cuándo, de generación en generación, así como las flores nacen en primavera. De acuerdo con el epígrafe de Witold Kula, entre las "experiencias históricas" del cambio social y los "progresos de la ciencia", los viejos problemas adquieren otra luminosidad mientras que los contemporáneos despliegan tenuemente las ondas de su propia radiación. De ahí surgen los "nuevos colores y [los] nuevos matices" que impregnan todos los debates. No obstante, son dos las tonalidades que iluminan con mayor fuerza: la añeja "preocupación por la precisión, la exactitud y la certeza de las afirmaciones de la ciencia", y "la carrera creadora hacia los verdaderos descubrimientos". En esta afirmación resuena el eco de Aristóteles, para quien la tragedia era más filosófica que la historia, pues Melpómene atendía lo que puede ser mientras que Clío se ocupaba sólo de lo que ha sido. Así, la rectitud y la probidad se contraponen con el carácter arriesgado de las hipótesis; la "certeza de las afirmaciones": lo objetivo; ante "los verdaderos descubrimientos": lo probable. Pero, ¿es posible conciliar tanto la certeza de las afirmaciones con los verdaderos descubrimientos?, ¿la probidad científica con la dimensión problemática? Esta última, los nuevos descubrimientos basados en las hipótesis, es la comparación histórica.

He aquí el objetivo de este ensayo: observar los caracteres originales de la historia comparativa, para identificar su proveniencia y modo de empleo, con la intención de saber por qué esta última tiene la marca de otras formas de la comparación practicadas en las ciencias humanas, que es la clave de su potencial. En este viaje, la brújula se dirige hacia una coyuntura específica (del último tercio del siglo XIX al primer cuarto del XX) en la cual el método comparativo fue extraordinariamente practicado en las ciencias humanas: la etnología, con James Frazer (1854-1941) a la cabeza, la sociología francesa de Émile Durkheim (1858-1917) y Marcel Mauss (1872-1945) y la lingüística de Antoine Meillet (1866-1936). Estas formas elementales fueron transferidas por Fustel de Coulanges (continuador del método comparativo de Montesquieu) de Gran Bretaña a Francia, de la etnología evolucionista británica a la sociología durkheimiana francesa, para, posteriormente, ser filtradas y recodificadas en la historia por Marc Bloch (1886-1944) influyeron decisivamente en la conformación de la historia comparativa, cuyo extraordinario potencial se irradió tanto en la historia como en las ciencias humanas. ¿Cuál es el objetivo de esta travesía que va de un tiempo a otro, de una disciplina a otra, de una a otra forma de la comparación? Comprender cómo y por qué se compara en la historia; cómo y por qué sus flores siguen creciendo en los jardines de Clío.

2. Durante siglos, los contactos y relaciones entre culturas, pueblos y civilizaciones han puesto en marcha las comparaciones transculturales y transhistóricas: cada quien ha sido el 'bárbaro', el 'salvaje', el 'infiel' o el 'idólatra' del otro; cada quien ha sido el 'oriental', el 'negro', el 'amarillo', el 'indio', el 'piel roja' o incluso el 'blanco' del otro; cada quien ha sido el 'subdesarrollado', el 'inferior', el 'desigual', el 'anormal' del otro. Aun cuando este tipo de comparaciones varían en su modo de empleo y se actualizan de acuerdo con la época y necesidades políticas e ideológica (mostrando un dinamismo extraordinario que no se ha detenido hasta la actualidad), son también un testimonio del núcleo de la comparación: similitudes y diferencias; lo que es parecido y lo que es diferente. Es el reflejo de la identidad que se contempla en el espejo de la alteridad.

La necesidad de contrastar, la voluntad comparar, con el objetivo de conocer la particularidad o la generalidad, la similitud o la diferencia, es una necesidad intelectual tan longeva que se hunde en la noche de los tiempos y es tanto inherente como recurrente e inconsciente en el razonamiento humano. "Nuestra mente funciona

comparativamente”, señaló Ginzburg en alguna ocasión (Palhares, 2005: 106-107) Por ello, los ‘descubrimientos’, las conquistas y las guerras, al igual que la desaparición de imperios y el nacimiento de naciones, o las relaciones entre civilizaciones a escala planetaria, han ofrecido múltiples datos a través del tiempo y del espacio, que han dado pie a la pertinencia de comparaciones. ¿Cuál es la relación entre los europeos y los ‘Otros’?, ¿por qué ‘somos’ diferentes y cuáles son las causas por las que existen los ‘salvajes’ y los primitivos?, ¿cuál es el origen de las lenguas, así como las causas de sus parecidos y diferencias?, ¿Ha habido un origen común del cual las sociedades europeas evolucionaron de una forma elemental hasta una más desarrollada?, son interrogantes que han estado presentes en el pensamiento social durante siglos, pues refieren a la explicación de las causas de similitudes y diferencias entre culturas, sociedades, civilizaciones, sean cercanas o distantes.

3. Entre el último tercio del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX, el método comparativo floreció lo mismo en la etnología británica que en la sociología, la historia y la lingüística francesas, configurando “una especie de ambiente colectivo” que terminó por “imponerse a los esfuerzos convergentes de los trabajadores” (Bloch, 1936: 256). Arnaldo Momigliano consideraba (que a principios del siglo XX la discusión sobre el método comparativo se había regado por toda Europa.

Esta constelación comparatista constituye un momento intelectual, y quizá uno de los más importantes en la historia de las ciencias del hombre. Una coyuntura, más que una generación, está caracterizada (aun cuando presente profundas diferencias) por una pléyade de comparatistas que echaron mano de este método en sus respectivas disciplinas. En ocasiones relacionados de manera cercana, o incluso directamente influenciados unos por otros, en esta coyuntura todos comparaban, pero todos lo hicieron de formas distintas: en tiempos y espacios próximos o distantes; basándose más en las analogías o enfatizando las diferencias; haciendo hincapié en las tendencias generales o en los elementos comunes de los fenómenos y hasta en las leyes de ahí derivadas, o en las originalidades de los medios sociales sujetos a la comparación. Los científicos mostraron una ‘afinidad electiva’ hacia la comparación: similitudes/diferencias, herencia de Heródoto (Ríos, 2017), convirtiéndola en la base de sus respectivas formas y usos del método comparativo, alcanzando las dimensiones de un *paradigma* científico común a

las ciencias humanas, que en los dominios de Clío es la historia comparativa.

¿Quiénes integran este “ambiente colectivo”? Los etnólogos británicos tienen un lugar preponderante, y sobre todo James Frazer, último momento del evolucionismo representado por Edward Burtneft Tylor, John Ferguson MacLennan, Henry James Sumner Maine o el norteamericano Lewis Morgan. Los sociólogos franceses: Émile Durkheim, François Simiand, Maurice Halbwachs y Marcel Mauss. La lingüística francesa de Antoine Meillet, heredero de Ferdinand de Saussure y Michel Bréal. Los historiadores, de Fustel de Coulanges a Henri Pirenne y Marc Bloch. ¿Cómo se explica el uso del método comparativo en distintas disciplinas?, ¿por qué en todas se está comparando y qué significa ‘comparar’ en cada una de ellas?

4. Utilizado profusamente en diversas escuelas de ‘antropólogos’ (evolucionistas, difusionistas o funcionalistas) desde el momento de la fundación de la antropología como una nueva disciplina, que además “podía ser útil a la administración colonial” (Kuper, 1973:124), este método fue practicado intensamente dentro y más allá de sus fronteras. A partir de la herencia de la Ilustración europea, cuya vanguardia intelectual aspiraba “satisfacer su pasión por la comparación antropológica e intercultural de todo el mundo conocido” (Munck, 2001:18), así como del cientificismo de su época, los antropólogos consideraban que los principios de los fenómenos socioculturales podían ser estudiados a partir de la formulación de leyes científicas, principios universales o de *la cultura*, *la evolución*, *la civilización*, *la unidad*, *el hombre*, *la verdad*. Y a partir del interés sobre la formación social, su desarrollo, evolución o difusión, o en torno de las comparaciones de largo o de corto alcance, pero sobre todo por los “primitivos”, el origen, la esencia de instituciones y sociedades muy diversas, los ritos de las ‘religiones primitivas’ o los cultos ancestrales que componían el perfil del hombre primitivo, antropólogos de la talla de Spencer, Maine, Tylor, McLennan, Morgan, Boas o Frazer, intentaron comprender tanto la naturaleza de la historia y de la cultura como su propia época, definiendo las reglas del juego y del ambiente intelectual.

Por ende, en ambos lados del Canal de la Mancha aparecieron estudios sobre la importancia de lo sagrado entre los antiguos y la explicación de sus instituciones y creencias a través de rituales, ceremonias y prácticas de la religión primitiva; como “las

creencias sobre el alma y la muerte”, el “culto de los muertos”, el “fuego sagrado” o la “religión doméstica”, que fueron creencias tan remotas entre griegos y romanos, por ejemplo, que sin embargo “rigieron las sociedades” y “la mayor parte de las instituciones domésticas y sociales de los antiguos”, como decía Fustel de Coulanges (2001: 36), maestro de quien sería el portaestandarte francés de la sociología de la religión: Émile Durkheim. Debido a esa vinculación (originalmente de Fustel y después de Mauss) entre la antropología ‘victoriana’, la historia y la sociología francesas, en Francia aparecieron estudios sobre las ‘formas elementales de la vida religiosa’, de Durkheim; cabeza rectora de los ‘durkheimianos’, quienes serían los impulsores de una ciencia social (con poderosa influencia tanto en la lingüística como en la historia) marcada por la impronta del método comparativo.

5. Esta serie de intercambios y convergencias disciplinares se explica a partir de que el método comparativo permitía identificar y discernir entre los elementos singulares o individuales, respecto de los elementos comunes o universales de los fenómenos y procesos sociales, regulando las simplificaciones o incluso las generalizaciones que se abordaban desde la óptica comparatista. Pero, además, en términos epistemológicos el problema consiste en ubicar el lugar específico que a la comparación le corresponde en el marco de los métodos de una ciencia social impregnada por el cientificismo del siglo XIX. ¿Cuál es el equivalente de la comparación entre los ‘pasos’ o ‘etapas’ del método científico?, ¿podría ser este el caso de la experimentación, y la comparación podría servir para demostrar o refutar las hipótesis del análisis propio de las ciencias humanas?

Mientras que en términos metodológicos el problema corresponde a la elección de las unidades de análisis. Independientemente de qué se compare en la sociología, la lingüística, la historia, o la antropología, la conexión de esta convergencia se encuentra en la concepción, elección, delimitación y aplicación de las unidades de análisis, es decir, las unidades que servirán para la comparación. Importa identificar *la forma* del método comparativo (cómo se compara), pero sobre todo identificar, explicar y clasificar *su función*: qué es lo que se compara y *por qué* se compara de una manera determinada. A partir de ello, el hecho en el que supuestamente reside la diferencia del método comparativo: de corto o largo alcance; la comparación sincrónica y diacrónica, es solamente el problema de las *diferencias* de la forma (la diferencia entre Durkheim,

Frazer, Pirenne o Meillet), pero lo que muestra las *similitudes* entre ellos es la selección de las unidades de análisis: la relación que guarda esa forma de aproximación a los fenómenos, con el contenido y la función de los mismos, así como el lugar que en términos epistemológicos tiene la comparación en cada una de estas disciplinas.

6. En la constelación de las ciencias del hombre, la antropología ha sido desde su origen un campo privilegiado de experimentación del método comparativo, marcándola con un sello imborrable. A tal grado que Marcel Detienne (2004: 17) decía: “la antropología [nació] comparativa. Recordémoslo”. Es más, a lo que nos referimos cuando hablamos del “método comparativo” en antropología”, como señalaba Radcliffe Brown (1975: 126), “es al método usado por un autor como Frazer en su obra *La rama dorada*”. A esta última obra, cuyas diversas ediciones corren durante un cuarto de siglo, su creador debe el mérito de haber sido “inmensamente importante en su propio tiempo y durante la primera mitad de este siglo” (Ackerman, 1988: 2), y quizá su reputación no haya sido igualada por la de ningún escritor de su tiempo (Lowie, 1985: 127). De acuerdo con la hipótesis que consideraba a la humanidad bajo la luz de un horizonte imaginativo compartido; así como con la idea de que la religión podía entenderse por sus orígenes psicológicos y por su colocación en una gradación evolucionista (la progresión magia, religión y ciencia, que él consideró etapas ineludibles, aunque imbricadas y en desarrollo paralelo, de la evolución mental de la humanidad) y con el interés de mostrar menos la otredad que la identidad, Frazer echó mano de una serie de fenómenos similares que habían surgido en todos los rincones del globo, sin tener reparo en comparar temas pertenecientes a culturas muy diferentes. Y esta forma de la comparación queda clara en la solución al misterio de *La rama dorada*, que Frazer explicó en una carta a su editor a principios de noviembre de 1889:

A través de la aplicación del método comparativo creo que puedo probar que en el sacerdote está representado el dios de la arboleda —Virbio—, y que su sacrificio era visto como la muerte del dios (...) Los parecidos de muchas de las costumbres e ideas salvajes con las doctrinas fundamentales del cristianismo son asombrosos. (Ackerman, 1988: 2)

Conexiones, asociaciones, analogías y comparaciones entre antiguos ritos, cultos y leyendas celtas, romanas, nórdicas o cristianas, entre otras, sirvieron de base a Frazer para el estudio de los elementos de la mente humana que habían sido constantes en distintas culturas y épocas de la historia (de acuerdo con la sucesión magia, religión y

ciencia), lo cual permitía observar la sorprendente semejanza que hay entre las ideas y costumbres de los ‘salvajes’, —como él escribió a su editor—, y las doctrinas fundamentales del cristianismo. Pues, el ritual de Nemi mostraba un patrón de creencias profundamente arraigadas, que estaban presentes en diversas culturas de períodos históricos distintos: muerte, vida, expiación, resurrección o eternidad. Es decir, si inevitablemente todo perece: así la naturaleza como los hombres enraizados a ella, el ciclo de la muerte debía convertirse en el ciclo del eterno principio de la vida. Eran los magos, que en ocasiones también eran reyes, quienes intervenían para que esto sucediera (magia y ciencia se parecen en esto: son técnicas de intervención) Pero ellos eran mortales, su vida era breve y la enfermedad los acechaba; aunque su fuerza podía trascender o ser transferida a otro individuo, garantizando así que la energía vital siguiera fluyendo, de un sacerdote a otro, de un rey a otro, sin detenerse jamás. Ejemplo de ello era el antiguo sacerdote de Nemi, obligado a defenderse contra cualquier enemigo, pero que en algún momento debía ser asesinado por su sucesor para garantizar el reinicio del rito. Sin embargo, en Grecia, Fenicia, Frigia, Egipto, la India o África, en vez de la ‘occisión del rey divino’, otro podía morir en su lugar: ‘la víctima expiatoria’, quien en nombre de dios expiaba los ‘pecados’ de la gente, tal como ‘la occisión del dios en México’ (Tezcatlipoca), o como lo fue Jesucristo: el hijo de dios Padre, sacrificado a través de la crucifixión en pos de la redención de toda la humanidad, cuya muerte sería el comienzo de la vida eterna.

Con *La rama dorada*, Frazer había traído a los primitivos “cerca de casa” (Stocking, 1995: 147), acercando sus similitudes con los pretendidos rasgos únicos de la sociedad victoriana y relativizando así sus diferencias: las concepciones ‘salvajes’ o primitivas’ frente a las ‘modernas’ o ‘civilizadas’ de la sociedad europea de su época. De este modo, enfocado a tender los puentes entre las analogías y los parecidos, el método comparativo de Frazer se caracterizó, sobre todo, por ser un instrumento de estudio de “las semejanzas”, mas no de “las diferencias”. (Pitocco, 1984: 119-120). Pero a la luz de la historia comparativa, esta comparación antropológica sólo podía ser verdaderamente fructífera si, “junto a las similitudes también se encuentran las diferencias” (Bloch, 1999: 112). Puesto que “el más importante objetivo del método comparativo”, era quizá “la percepción de las diferencias”, ya que gracias a éstas era posible medir “la *originalidad*

de los sistemas sociales” (1999: 112), clasificándolos y penetrando en lo más profundo de su naturaleza.

7. Así como en Alemania la fundación de la sociología se atribuye a Karl Marx y Max Weber, en Francia se encuentra ligada a Émile Durkheim y al equipo de la revista *L'Année sociologique*, quienes intentaron conferir a su disciplina el raigambre institucional, el prestigio intelectual y la legitimidad científica que necesarios para consolidar el proyecto (Karady, 1979: 49-72), manteniendo una estrecha cercanía con los antropólogos victorianos y preservando el potencial del método comparativo como parte de un programa que renovaba el conocimiento de la realidad social tanto como a la sociología y las ciencias humanas. La apuesta fue reorganizar el sistema de los saberes que en las últimas décadas del siglo XIX se había caracterizado por una acelerada tendencia hacia la especialización en múltiples disciplinas. “La sociología sólo es y sólo puede ser el sistema, el *corpus* de las ciencias sociales”, decía Durkheim, pero además “indica e implica un cambio radical en el método y la organización de esas ciencias” (2000: 251). A propósito, Lévi-Strauss (alumno de M. Mauss) escribió:

Sus representantes nunca consideraron que fuese una disciplina aislada, trabajando dentro de un campo de investigación particular, sino que constituye más bien *un método* o *una actitud* específica frente a los fenómenos humanos. (1964: 3) [Las cursivas son mías]

En el marco del cientificismo de la época, Durkheim consideraba que “el método comparativo satisfacía todas las exigencias de la ciencia” (2000: 296), y era equiparable a la experimentación, uno de los pasos del método científico: “Para reemplazar a la experimentación, que es imposible, nos haría falta al menos la comparación”, según decía, “y la comparación supone que en lo particular se hace abstracción de lo particular para no ver más que lo general” (2000: 296). Así, el método comparativo era un valioso método experimental para demostrar que un fenómeno era causa de otro, o que uno dependía del otro, o que ambos eran resultado de una misma causa, por señalar los tipos de “variaciones concomitantes”. Durkheim sugiere una tipología de acuerdo con la naturaleza de las series estudiadas. En *Las reglas del método sociológico*, él definía esta idea del método comparativo, al señalar que la manera

como han de formarse estas series difiere según los casos: pueden comprender hechos tomados o bien de una sola y única sociedad —o de varias sociedades de la misma especie— o de varias especies sociales diferentes (2000: 196).

El estudio entre “varias sociedades de la misma especie” y de “varias especies sociales diferentes”, supone un horizonte para las comparaciones. Durkheim señalaba que, en el primer caso, se puede confrontar la historia de cada uno de los pueblos con la de los otros, y ver si en cada uno, tomado por separado, el mismo fenómeno evoluciona en el tiempo y en función de las mismas condiciones. Luego, es posible comparar las formas que van tomando los fenómenos a lo largo de su curva de evolución, pues aun cuando pertenezcan al mismo tipo, estas formas son individualidades y por lo tanto son distintas. Eso último representa otro momento del análisis: la aparición de una serie de variaciones que deberán ser comparadas con los fenómenos en cada uno de los países estudiados. Es decir, dado que una sociedad no crea enteramente su organización, pues en buena medida la recibe hecha por sus predecesoras, todo lo que ha recibido no es el resultado de un desarrollo histórico propio; así que para explicar la eficacia de “las transmisiones” había que estudiar la plataforma sobre la cual “las innovaciones” estaban siendo sostenidas, es decir, “las raíces” o las formas elementales de los mismos fenómenos. “Este método, que podríamos denominar genético”, como él decía, “nos daría al mismo tiempo el análisis y la síntesis del fenómeno”. Es decir, de acuerdo con este “método genético”, el objetivo es ver el movimiento a partir del cual se van añadiendo los diversos elementos que componen un mismo fenómeno, ver cómo a partir de las similitudes entre los hechos observados éstos se van imbricando unos con otros, y así observar finalmente la formación y asociación de dichos elementos en un fenómeno en movimiento.

A partir de una lectura de las obras de Maine, Fustel, McLennan, Bachofen, Morgan, Müller, Tylor, Lang, Robertson Smith, entre otros autores, en *Las Reglas del Método sociológico*, Durkheim hacía énfasis en que todas ellas se habían basado en el estudio de formas similares (2000: 281-286). De acuerdo con lo anterior, él afirmaba: “su generalidad prueba que dependen esencialmente de causas generales que allí donde están presentes producen siempre los mismos efectos” (2000: 286). A contracorriente de Durkheim —a quien Bloch definió como un sociólogo “preocupado sobre todo por la búsqueda de lo permanente”— (2011: 12), la historia “es la ciencia de un cambio, y desde cierta perspectiva, *una ciencia de las diferencias*” (2011: 8). Es decir, de manera parecida a la crítica que le hizo a Frazer, la que dirige a Durkheim se fundamenta en la

consideración de que su método comparativo está basado sobre todo en las similitudes (Mastrogregori: 1987: 151). Por el contrario, “el punto central de la historia comparativa”, ha escrito Ginzburg (2012:10) a propósito de Bloch —quien a su vez evocaba el prejuicio persistente que identificaba a la historia comparativa con la búsqueda de analogías—, “es el de enfatizar la especificidad de las *diferencias* entre los fenómenos que están siendo comparados”. No obstante, el análisis de la historia comparativa reside en la tensión dialéctica entre similitudes y diferencias: Bloch consideraba que las similitudes no pueden ser comprendidas más que a partir de las diferencias y que éstas también debían ser entendidas por las similitudes, es decir: tanto en sus *particularidades* como en sus *similitudes* (1939: 440).

8. La lingüística debe su reconocimiento institucional y prestigio intelectual al descubrimiento del sánscrito y el parentesco entre las lenguas indoeuropeas. A partir de los estudios de Rasmus Rask, Jakob Grimm, August Schleicher y Franz Bopp, este acontecimiento fundacional representó una revolución de las teorías lingüísticas precedentes. “La lingüística se elabora en los marcos de la gramática comparada”, señaló Benveniste (1991: 21), añadiendo que “el método puesto a prueba en el dominio indoeuropeo se ha tornado ejemplar”. El descubrimiento del origen común de las lenguas indoeuropeas, a partir del cual se formaron múltiples familias lingüísticas, permitió articular la identidad del presente con el pasado más antiguo: “la sociedad sería pensada sobre el modelo del lenguaje visto como una línea evolutiva” (Kristeva, 1981: 191). La búsqueda de un objeto susceptible de ser estudiado científicamente y que permitiera el acceso a una sociedad ‘primitiva’, generó una reacción todavía más lejana al coronamiento del evolucionismo: el descubrimiento del lenguaje por la antropología. Kristeva consideraba que los británicos fueron pioneros de esta “antropología lingüística”, pero que “en Europa, la antropología se inspira en los trabajos de Saussure y de Meillet” (1981: 54) así como en Durkheim y Mauss, que en el lenguaje encontraron una orientación para sus investigaciones.

Así, las relaciones entre lingüística y antropología, antropología y sociología, psicología y sociología, sociología y lingüística, lingüística e historia, se dieron a través del método comparativo. A propósito, Saussure consideraba (2006: 28) que en la “lingüística propiamente dicha”, sobre todo en el estudio de las lenguas romances y de

las lenguas germánicas, la comparación no fue más “que un medio, un método para reconstruir los hechos”, por lo que, al ser entendida como uno de los varios aspectos de los fenómenos lingüísticos, se le “otorgó a la comparación el puesto que le corresponde”: el descubrimiento de las correspondencias entre las lenguas. En este concierto destaca la obra de Antoine Meillet, quien fue alumno de Ferdinand de Saussure y recibió la influencia de Durkheim y del grupo de *L'Année sociologique*. Con la desaparición de quienes habían sido sus maestros: Saussure, en 1913; y Bréal, en 1915; Meillet tuvo un ascendiente decisivo, caracterizado por un imponente análisis filológico y comparativo, y un conocimiento enciclopédico de las lenguas, antiguas o modernas, clásicas u orientales (griego, latín, alemán, polaco, serbo croata, armenio, eslavo antiguo, iraní antiguo, incluyendo las lenguas indoeuropeas y las de la Europa contemporánea) del mundo que estudió durante décadas.

Para Meillet, la importancia de una lengua reside en que ésta es una huella de la acción del hombre y por ello su trascendencia reside en cuanto expresa una civilización. En el vocabulario reside un testimonio de la acción humana en el pasado. Para él: “Todo hecho de lengua manifiesta un hecho de civilización” (Meillet, 1936: 168). Con esta perspectiva da cuenta de la evolución de las lenguas en el registro histórico y geográfico. Variables en el tiempo: modificaciones de las formas o la anatomía de las palabras; condiciones sociales: el establecimiento de la lengua en un medio determinado. Variables en el espacio: los dialectos o las ramificaciones menores; jerarquía social: el lenguaje culto y popular.

Por ejemplo, en el caso de la comparación de los nombres de los números, Meillet muestra el inventario del cual partirán las clasificaciones y las tipologías, lo que ayuda a identificar las particularidades de las lenguas entre la amplia gama de similitudes, reconociendo las formas estructurales de las mismas y discerniendo su génesis. Así, la serie de los nombres de los números en francés, italiano y español: *un, une; uno, una; uno, una*; o *deux, due, dos; trois, tre, tres*, sucesivamente hasta el *cent, cento, ciento*, con la excepción de *huit, otto, ocho*, presentan una igualdad de concordancias que no parece ser accidental: indica reglas de correspondencia bien definidas entre las lenguas. En esta serie de signos lingüísticos, él señala que en las diferencias existentes entre una lengua y otra “el detalle *singular* aporta una confirmación” (...) “los nombres de los números en

francés, italiano y español remontan a una sola y misma tradición original” (1954: 3-4). A partir de la tensión entre los parecidos y las variaciones divergentes, es evidente que las lenguas romances se parecen entre sí porque son ramificaciones del latín. De este modo, la comparación se establece entre lenguas de sociedades vecinas y contemporáneas, con influencias comunes ejercidas en función de su vecindad y contemporaneidad, cuyos parecidos pueden ser explicados y analizados porque las lenguas están sujetas a las mismas causas de su evolución. “Estas concordancias, que no pueden ser explicadas por los préstamos de una lengua a otra, suponen un origen común”, según decía Meillet, “es necesario interpretarlas de una manera sistemática: tal es el objeto de la lingüística comparativa” (1954: 7).

Así, la historia permite a la lingüística articular la unidad de una civilización. Por ende, los historiadores reaccionaron favorablemente al programa de la lingüística histórica, cuya perspectiva de análisis les era familiar y podían echarle mano. Para “asegurar su porvenir”, decía Bloch, la historia debía seguir los “métodos, más seguros, de la lingüística”, y edificar así “una historia comparada de las sociedades europeas” (1939: 439-440). Es más, él aseguró que de la obra de Meillet, *La méthode comparative en linguistique historique*, había tomado “prestada la idea general de la evolución acerca de las dos formas de dicho método” (1999: 115). Es decir:

En la historia propiamente dicha, esta aplicación del método comparativo [la comparación en tiempos contemporáneos y espacios vecinos] sería el equivalente de la lingüística histórica (por ejemplo, de la lingüística indoeuropea), mientras que la historia comparada en modo extenso [en tiempos y espacios lejanos] se correspondería, poco más o menos, con la lingüística general (1999: 117).

No obstante, al analizar los *Caractères généraux des langues germaniques* (1917), de Meillet, Bloch escribió:

Meillet proponía, muy ingenuamente, que una de las tareas esenciales de la lingüística comparada consistía en realizar un esfuerzo continuo por “poner en evidencia la originalidad de las diferentes lenguas”. Del mismo modo, la historia comparada se debe dedicar a buscar la “originalidad” de las diferentes sociedades (1999: 129).

He aquí la marca del pensamiento de Meillet en Bloch y su recuperación selectiva acerca de las lecciones del lingüista, tal y como lo había hecho con Frazer y Durkheim: ni similitudes ni diferencias, sino ambas, en relación dialéctica. Esto demuestra el funcionamiento de un campo atravesado por las influencias, los préstamos y la crítica. Si

los etnólogos británicos habían practicado el método comparativo; si Fustel vinculó a la etnología británica con los durkheimianos —quienes filtraron el método comparativo de los etnólogos en la sociología francesa, otorgándole un sello distintivo—; si Meillet había conciliado tanto la impresionante tradición comparativa de la lingüística con los ‘hechos’ sociológicos; entonces la tarea de Bloch sólo puede ser entendida si se le ubica en esta constelación.

Conectados *a través* de él, todos ellos tienen una afinidad electiva en torno del método comparativo. Todos comparan, pero de maneras distintas: la atención a las diferencias (entendidas como diferencias de medio, es decir históricas) es mayor en Meillet que entre Frazer y Durkheim, cuya atención giró sobre todo en las similitudes. De esta manera, la crítica de Bloch (así como hubo *préstamos* también hubo *rechazos*), consistió en recodificar dentro de la historia los avances más importantes del método comparativo en las ciencias humanas, *vía* Frazer, Durkheim y Meillet, superando la antinomia entre similitudes y diferencias y convirtiendo a la historia comparativa en un lugar de confluencia común y en punta de lanza de *Annales*: una “pequeña revolución intelectual”, como él la definió (Bloch-Febvre: 1994: 205). Es a través de esta recuperación crítica, de esta simbiosis intelectual, donde se encuentra el sentido de su trabajo como la explicación de sus palabras: “No comparezco ante ustedes como [el] “descubridor” de una nueva panacea” (1999: 113); es decir, del método comparativo en la historia o la historia comparativa.

9. ¿Cómo demoler los estrechos compartimentos topográficos que encierran a los fenómenos, para armar el fresco de una civilización más allá de la diversidad de los casos estudiados?, ¿cómo construir análisis de estructuras, civilizaciones o sistemas históricos desde la base de la realidad concreta, para entender la originalidad de su base material, y observar cómo y por qué se transforman a lo largo del tiempo y del espacio? Es decir, ¿qué significa comparar históricamente? Al ser un historiador de las estructuras, un historiador de los tiempos largos, para Bloch el método comparativo significaba la respuesta de estas interrogantes.

Gran conocedor de la historia alemana, interesado también en la historia de Inglaterra, él se preocupó en definir a la civilización europea a través de todos los

aspectos de un sistema social, armado a partir de comparaciones internas, así como entre el feudalismo europeo y el de Japón. Así, fuese a través de sociedades vecinas y contemporáneas, o lejanas en tiempos y espacios, el método comparativo le permitió diseñar una historia de las estructuras fundamentales de las civilizaciones europeas. Por ello, su definición del método comparativo en la historia es tanto el testimonio de la recuperación de las experiencias comparativas de las ciencias humanas, como el de la maleabilidad a la que fueron objeto y la razón de su permanencia en una arquitectura distinta, original, nueva: la historia comparativa; cuya definición es la siguiente:

Elegir, en uno o más medios sociales diferentes, dos o más fenómenos que a primera vista parecen presentar ciertas analogías entre sí, describir sus curvas evolutivas [Frazer y Fustel], constatar las similitudes y las diferencias y explicarlas en la medida de lo posible. Es necesario, por tanto, que existan dos condiciones para que, históricamente hablando, haya comparación: una cierta similitud entre los hechos observados [Durkheim] —hecho que en cierta forma es implícito ya de por sí— y una cierta diferencia entre los medios [Pirenne, Mauss y Meillet] en que ambos han tenido lugar (1999: 115). [Las cursivas son mías]

Desde este momento, él no sólo sigue de cerca la clasificación de la lingüística, cuya división radica “en la elección de los medios de que se extraen los fenómenos”, sino que a partir de ello genera “deux types”: “dos tipologías”, así traducidas al español (1999: 115); que son aplicables a medios sociales diferentes: la comparación en *medios* vecinos y contemporáneos (Meillet y Pirenne) o en *medios* lejanos en tiempos y espacios (Frazer y Durkheim). Formulado el procedimiento, la comparación de “dos o más fenómenos” y en “medios diferentes”, por un lado, circunscribe temporal y espacialmente las *causas* de explicación de las *originalidades* de los fenómenos estudiados o el motivo de las *diferencias* históricas, y por el otro, explica las *analogías* de los fenómenos estudiados. En el primer caso, que él relacionaba con el procedimiento de “la lingüística general”, aunque es también el de la etnografía, la comparación es una herramienta útil para descubrir fenómenos similares ubicados en medios diferentes, pero sobre todo para descubrir (a través de las analogías) los eslabones de una cadena procesual. Este primer tipo consiste en elegir:

sociedades tan separadas en el tiempo y en el espacio que resulta totalmente imposible llega a explicar las analogías observadas entre dos fenómenos mediante el recurso a las influencias mutuas o por medio de un origen común (1999: 115).

El segundo caso es equiparable a “la lingüística histórica” (la lingüística indoeuropea). Una comparación sincrónica (entre sociedades cercanas en tiempos y

espacios) que permite formular hipótesis de contacto, difusión y permanencia de los fenómenos históricos, así como identificar las causas de las originalidades de un fenómeno. Para Bloch, este segundo tipo consiste en:

el estudio paralelo de sociedades vecinas y contemporáneas, constantemente influidas entre sí y sometidas precisamente en razón de su proximidad y de su sincronismo a la acción de las mismas causas en su evolución y que parcialmente tienen, al menos, un origen común (1999: 117).

Después de la elección de los fenómenos y de su encuadramiento en cualquiera de los dos tipos, “la segunda etapa de trabajo dentro de la correcta aplicación del método comparativo”, según decía Marc Bloch, es “la interpretación” (1999: 121). ¿Se trata de la interpretación de las analogías que a primera vista presentan los fenómenos que van a compararse?, ¿es ésta una interpretación basada en los parecidos? “Es preciso, claro está, evitar cuidadosamente confundir el método comparativo con el razonamiento por analogía”, decía Bloch: “Aquél exige, por el contrario, para ser practicado correctamente, una gran sensibilidad a las diferencias” (1978: 44). En el mismo sentido, Bloch explica “un malentendido que ha hecho mucho daño al método comparativo”: el pretendido objetivo único de “la búsqueda de las similitudes” (1999: 128). Para el historiador, el interés por las similitudes se explicaba también por la regulación de los parecidos a través de la “*diferencia de medio*” (1999: 115). Es decir, cómo explicar los parecidos entre fenómenos de medios distintos; por qué a pesar de tener una similitud de entrada son sin embargo distintos. Para él, la edificación de la historia a partir de una comparación razonada debe hacerse por “experiencias cuidadosamente elegidas y analizadas *tanto en sus particularidades como en sus similitudes*” (1978: 44)

10. ¿Similitudes?, por supuesto; ¿diferencias?, sin duda. Las analogías no son simplemente los rasgos comunes, los caracteres repetidos entre fenómenos o instituciones, sino el resultado de la curva de evolución general de un fenómeno determinado, y pueden ser explicadas en función de su origen o vecindad, sometidas a filiaciones o influencias recíprocas, o por esa hipotética respuesta humana a reaccionar de modo “similar en circunstancias análogas”. Por su parte, las diferencias también se clasifican. ¿Son solamente las antítesis de las analogías?, ¿o las diferencias de medio?, ¿o las que surgen durante la evolución de los fenómenos? Éstas pueden ser originales, surgidas en el específico medio en el cual se origina el fenómeno; o evolutivas, las

mutaciones a lo largo de la trayectoria de un fenómeno. Sin unas y otras es imposible encontrar la originalidad de los fenómenos sociales, así como las dimensiones generales de los mismos —superando el acento reactivo sea en las similitudes, sea en las diferencias—, por lo que la tarea reside tanto en estudiar los aspectos particulares de los hechos históricos como en las curvas y procesos de los fenómenos históricos. A propósito de ello, enfatizando esto último, así como al ejemplificar el uso de la comparación en las escalas macro-micro, Bloch escribió:

Incluso un horizonte que se extienda a una nación entera es a veces insuficiente. ¿Cómo captar en su singularidad, sin una previa mirada sobre Francia, los desarrollos particulares de las diversas regiones? A su vez, el movimiento francés no toma verdadero sentido más que cuando ha sido ya planteado en el plano europeo. No se trata de asimilar por la fuerza sino, por el contrario, de distinguir; no se trata de construir, como en el juego de las fotografías superpuestas, una imagen falsamente general, convencional y borrosa, sino de destacar, por contraste al mismo tiempo que los caracteres comunes, las originalidades (1978: 28).

Por ende, la comparación histórica demanda que desde el comienzo de la investigación el análisis de los hechos se oriente hacia la síntesis. Kocka decía que la comparación “se conforma a través de una pregunta” (2002: 49): las preguntas son las hipótesis y trazan el camino hacia los descubrimientos. No obstante, “el análisis, sólo puede ser utilizado por la “síntesis”, si desde el principio la ha tenido en cuenta y se ha preocupado por serle útil” (Bloch, 1999: 143). Esto no significa el olvido del análisis micro y de las investigaciones monográficas,¹ sino el hecho de orientar las preguntas hacia “la única historia verdadera”, que no es más que “la historia universal” (1996: 158). Es decir, las preguntas conducen tanto a lo que se desea comparar como a la forma de abordaje: son el punto de partida de las unidades de análisis y guían toda la investigación. Para su formulación es imprescindible definir conceptos que designan algo universal y abstracto. Por ende, las unidades de análisis pueden verse incluso en los títulos de las obras de Marc Bloch: *el carácter sobrenatural* atribuido a los reyes de Francia e Inglaterra (las ‘representaciones colectivas’, de origen durkheimiano) en *Los reyes taumaturgos; los caracteres originales* de los sistemas de rotación de cultivos o las civilizaciones rurales,

¹ Al respecto, Bloch decía (2002: 181): “Dado que la historia local, la de un pueblo, por ejemplo, sirve para explicar la relación de esa pequeña sociedad con el conjunto más amplio en el que está comprendida”, apunta el historiador, “lo que los historiadores de oficio le pedimos ante todo a una historia local es que nos ayude a contestar a las grandes preguntas de la historia, si no universal, por lo menos regional. Hace poco definí una historia local [se refiere a su obra *L’Île-de-France*] como “una pregunta de interés general hecha a los documentos que proporciona una región —una localidad— particular”. No me desdigo”.

en *La historia rural francesa*; el feudalismo como tipo social, el vasallaje como sistema, en *La sociedad feudal*. Fenómenos, instituciones o civilizaciones que él estudió lo mismo en Francia que en Inglaterra, España, 'Italia' o 'Alemania'; observando los matices locales, explicando sus relaciones e influencias, al igual que las causas de sus desarrollos desde un panorama europeo.

11. Por tanto, el problema reside en “delimitar cada uno de los diferentes sistemas sociales que van a ser seleccionados como objetos de la comparación”, como decía Bloch (1999: 109) a propósito de las unidades de análisis. Sin ellas, la comparación se reduce a identificar similitudes entre fenómenos ubicados en las fronteras del Estado o la Nación, es decir, a “la confrontación de fenómenos que se han desarrollado en ambas partes de la frontera de un Estado o de una nación” (1999: 115), cosa que Bloch consideraba una simplificación un tanto tosca, y que además presenta dos tipos de problemas. Primero, encuadran a los fenómenos dentro de los límites impuestos por las fronteras actuales ('Estado' o 'Nación') o del pasado ('Imperio', 'Reino' o 'Principado'). Segunda, atribuyen a estos marcos una importancia sobredimensionada que supedita la de los propios fenómenos a comparar. “¿En qué época y lugar se ha visto”, cuestiona Bloch, “que los fenómenos sociales hayan detenido su evolución y desarrollo dentro de los mismos límites que sirven para delimitar con total precisión los dominios políticos o nacionales?” (1999: 142).

Esto no significa que el Estado o la Nación sean incomparables *per se*, ¿acaso el mismo Bloch no comparó Francia con Inglaterra o Alemania?, ¿acaso su maestro Pirenne no escribió una historia comparada de Bélgica? Por supuesto, pero ¿cuáles son los fenómenos que se manifiestan dentro de estos marcos nacionales, transgrediendo los límites que los constriñen?, ¿cuáles son los fenómenos que representan el objeto y la unidad interna de la comparación entre 'naciones' o 'Estados'? A propósito, en la *Historia de la sociedad francesa en el marco de la civilización europea*, Bloch escribió:

Ahora bien, que las palabras Francia, nación, incluso civilización francesa, representan connotaciones completamente legítimas de objetos perfectamente reales y concretos, es algo que me parece indudable [sin embargo] un tipo de cultura humana compartida, nacida con grandes semejanzas de destino y fortalecida por innumerables intercambios, convierte a Francia en una parte constitutiva de un área de civilización mucho más amplia que nosotros llamamos “Europa” y “Occidente”, en un sentido cuyo valor histórico precisaremos más adelante. Ha habido o incluso hay ahora, sin duda, una feudalidad francesa, un

capitalismo industrial francés, un socialismo francés, pero sólo como aspectos o manifestaciones, fuertemente particularizados, de fenómenos europeos de naturaleza similar. De ahí resulta que, a cualquier descripción del pasado de Francia, y a toda explicación de su presente, se imponen esas perspectivas más amplias como el fondo de una pintura imprescindible para que tengan el justo relieve esos primeros planos considerados; en una palabra, no podría haber [una] verdadera historia de la sociedad francesa, sin haber sido bañada [y sumergida] dentro de la atmósfera más amplia de la civilización europea. Por este camino y sólo por él, que evita atribuir a Francia aquellos rasgos que justamente considerados pertenecen más bien al Occidente en las particularidades y originalidades de una nación cuya imagen exacta no puede derivarse más que de la percepción de estos contrastes específicos (1997: XIII-XIV).

Este es el servicio más importante de la historia comparativa: demoler los compartimentos topográficos que encierran a los fenómenos, para armar el fresco de una civilización más allá de la diversidad de los casos estudiados; construir análisis de estructuras, civilizaciones o sistemas históricos a partir de una realidad social de base, para entender la originalidad de su base material y observar cómo y por qué se transforman a lo largo del tiempo y del espacio. He aquí la explicación de la confluencia del método comparativo en las ciencias humanas: etnólogos, sociólogos, lingüistas e historiadores trabajaron con unidades de análisis, distintas en cuanto a la dirección de la investigación (sea la religión y las civilizaciones, o el signo lingüístico y las lenguas), pero idénticas en cuanto a su objetivo: identificar una analogía de entrada entre fenómenos sociales distintos; y a partir de una selección y clasificación de los hechos examinados, armar series, conjuntos o unidades de cohesión interna, para poner en marcha la comparación de las similitudes y las diferencias entre los fenómenos a estudiar, sea en sociedades vecinas y contemporáneas, o viceversa.

12. Por ende, es a partir de la explicación de las similitudes y las diferencias que las escalas macro-micro adquieren su perfil fundamental: en ellas se pone en juego la tarea de discernir lo particular de lo general, lo único de lo repetible, la anomalía de la serie, la identidad de la alteridad; o las características que cada fenómeno histórico tiene en tanto sus elementos particulares (únicos e irrepetibles) o generales (series, procesos), haciendo abstracción de lo particular en la escala micro, para reconstruir lo general en el nivel macro.

Este “juego de escalas” (Revel, 1996) es dialéctico. No es la reducción de la escala de análisis: ver lo pequeño (localidades, individuos, problemas sociales diversos, entre un largo etcétera) por lo pequeño; sino la reducción de la escala de observación. Se trata

de captar en este universo micro lo que no ha sido observado en los grandes procesos, identificar su peculiaridad y reinsertarlo así a la totalidad de la que forma parte. “Reducir la escala de observación significaba transformar en libro lo que” [como dice Carlo Ginzburg, representante de la *microstorie* italiana] “para otro estudioso, podría haber sido una simple nota a pie de página en una hipotética monografía”. (2010:372) ¿No ha sido este el caso del poder curativo atribuido a los reyes de Francia e Inglaterra, que no era más que una nota al pie de página en la historia diplomática francoinglesa, y que se transformó en *Los reyes taumaturgos*? Según Kracauer, la conciliación entre las escalas macro y micro también se ve en *La sociedad feudal*:

un constante ir y venir entre micro y macro historia, entre *close-ups* y amplios o amplísimos planos [*extreme long shots*], tal que vuelva constantemente a poner en discusión la visión global del proceso histórico por medio de aparentes excepciones de período breve (2010:379-380)

Tan altas son las exigencias de la historia comparativa y los riesgos en su uso, que Carlo Ginzburg ha mostrado (Palhares, 2004:107) su asombro por el hecho de que el planteamiento de Bloch “sea todavía válido” y “que tan pocos estudiosos se hayan de hecho involucrado realmente dentro de esta forma de abordaje”. Debido a la preponderancia del historicismo clásico del siglo XIX (todavía presente en nuestra época) que impuso la tarea de buscar la verdad en las fuentes para encontrar la autenticidad y reivindicara así su validez, así como por las demandas del nacionalismo que inhibía la mirada más allá de las fronteras interiores, la disciplina histórica ha mantenido una actitud desconfiada hacia la comparación, por lo que a juicio de J. Kocka “no ha mostrado durante largo tiempo ninguna inclinación especial” por ella (2002: 58-59). Sin embargo, la historiografía se renueva constantemente y del llamado original a la comparación por parte de los antropólogos, sociólogos, geógrafos o lingüistas —que tuvo eco en historiadores como K. Lamprecht, O. Hintze, H. Pirenne, M. Bloch, F. Braudel o R. Needham—, las comparaciones históricas surgieron en proyectos como las revistas *Comparative Studies in Society and History*, o *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, y también entre historiadores de la talla de E. Hobsbawm, J. Kocka, G. Levi o C. Ginzburg, así como entre los norteamericanos (como Ch. Tilly) y latinoamericanos (como A. López Austin).

Aunque, de acuerdo con Kocka, a menudo las comparaciones de los historiadores “son normalmente más limitadas espacial y temporalmente” y “sólo raramente se atreven [...] a emprender comparaciones de culturas y civilizaciones a escala global” (2002:62): la escala de mayor dimensión para establecer el análisis de civilizaciones y sistemas históricos. Por ello, en la antropología (Ph. Descolá), la ciencia política (A. Lijphart), y la sociología (I. Wallerstein, B. Moore, T. Skocpol), las comparaciones son más osadas: grandes estructuras, amplios procesos y comparaciones enormes (Tilly *dixit*), remiten tanto a las formas y escalas de la comparación histórica como al recurso que de ella hacen todos los científicos comparatistas. Así, la historia se ha convertido en un campo de encuentro para todos ellos y en un crisol donde todos los colores de la comparación (formas, tipos, funciones y escalas) se bañan en los jardines de Clío.

BIBLIOGRAFÍA

- Ackerman, R. (1988), *J. G. Frazer. His life and work*. Cambridge University Press: Gran Bretaña.
- Auerbach, E. (2011), *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. FCE: México, pp. 9-30.
- Benveniste, É. (1991), *Problemas de lingüística general 1*. Siglo XXI: México.
- Bloch, M. y Lucien FEBVRE (1994), *Correspondance. La naissance des Annales (1928-1933)*, Vol. 1, Edición a cargo de Bertrand Müller. Fayard: París.
- Bloch, M. (2011), *Mélanges historiques*. CNRS-EHESS: París.
- (1999), *Historia e historiadores*. Madrid: Akal.
- (1997), “Reflexiones para el lector curioso del método”, en *Eslabones 7*, México, pp. XII-XXI.
- (1978), *La historia rural francesa: caracteres originales*. Crítica: Barcelona.
- (1939), “Problèmes d’Histoire comparée”, *Annales d’Histoire Sociale*, 4, pp. 438-440.
- (1936), “Les paysages agraires: essai de mise au point”, *Annales d’Histoire Économique et Sociale*, 39, pp. 256-277.
- Braudel, F. (1953), *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*. Fondo de Cultura Económica: México.
- (1998), *Memorias del Mediterráneo. Prehistoria y antigüedad*, Cátedra: Madrid.
- Châtelet, François (2008), *El nacimiento de la historia*. Siglo XXI Editores: México,
- Coulanges, F. (1982), *La Ciudad antigua*. EDAF: Madrid.

- Durkheim, E. (2000), *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias*. Alianza Editorial: Madrid.
- Finley, M. I. (1962), *Los griegos de la antigüedad*, Editorial Labor: Barcelona.
- Hartog, F. (2003), *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*. FCE: Buenos Aires.
- Detienne, M. (2004), *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*. Sexto Piso: México.
- Dosse, F. (2003), *La historia: conceptos y escrituras*. Nueva Visión: Buenos Aires.
- Frazer, J.G. (2003), *La rama dorada. Magia y religión*. FCE: México.
- Ginzburg, C. (2012), "Nuestras palabras y las suyas. Una reflexión sobre el Oficio de historiador, hoy", en *Contrahistorias*, 19, México, pp. 7-24.
- , (2010) *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. FCE: México.
- Heródoto, (2011), *Los nueve libros de la historia*. Trad., del griego P. Bartolomé Pou, L.S. Introducción de Edmundo O'Gorman, Porrúa: México.
- Karady, V. (1979), "Stratégies de réussite et modes de faire-valoir de la sociologie chez les durkheimiens", *Revue française de sociologie*, 20, 49-82.
- Kocka, J. (2002), *Historia social y conciencia histórica*. Marcial Pons, Madrid.
- Kristeva, J. (1981), *Le langage, cet inconnu. Une initiation à la linguistique*. Seuil: París.
- Kula, W. (1963), *Problemas y métodos en la historia económica*. Península: Barcelona.
- Kuper, A. (1973), *Antropología y antropólogos. La escuela británica 1922-1972*. Anagrama: Barcelona.
- Lévi-strauss, C. (1964), "La sociología francesa", en Gurvitch, G. & Moore, W. (Dir.), *Sociología del siglo XX*. El Ateneo: Barcelona.
- Lida de Markiel, María Rosa (1972), "Estudio preliminar", *Los nueve libros de la historia*. (Col. Clásicos Grecolatinos), USA, pp. IX-LXXI.
- Lowie, R.H. (1985), *Historia de la etnología*. FCE, México.
- Mastrogregori, M. (1987), *Il genio dello storico*. Edizione Scientifiche Italiane: Nápoles.
- Meillet, A. (1936), *Linguistique historique et linguistique générale II*. Librairie Ancienne Honoré Champion, París pp. 160-168.
- , (1954), *La méthode comparative en linguistique historique*. Librairie Ancienne Honoré Champion: París.
- Momigliano, A. (2011), *De paganos, judíos y cristianos*. FCE: México.
- Palhares, María (2004), "El erizo encubierto. Entrevista a Carlo Ginzburg", en *Contrahistorias*, México, pp. 91-118

- Pitocco, F. (1984), "Frazer e il comparativismo storico", *La Ricerca Folklorica*, 10, pp. 119-120.
- Radcliffe-Brown, A. R. (1975). *El método de la Antropología social*. Anagrama: Barcelona, pp. 126-145.
- Revel, J. (Dir), (1996) *Jeux d'échelles. La micro-analyse a' l'expérience*. Gallimard, Paris.
- Ríos Gordillo, C.A. (2016). *Las formas de la comparación. Marc Bloch y las ciencias humanas. Ensayo de morfología e historia*. UAM-I/Siglo XXI Editores/Anthropos: México.
- (2017) "Heródoto y la comparación histórica del antiguo Mundo Mediterráneo", en *Historiografías. Revista de Historia y Teoría*, número 13 pp. Universidad de Zaragoza, pp. 13-33.
- Saussure, F. (2006). *Curso de lingüística general*. Akal: Toledo.
- Stocking, J.G.W. (1995), *After Tylor. British Social Anthropology 1888-1951*. The University of Wisconsin Press: USA.
- Vernant, J-P. (2001), *La muerte en los ojos. Figuras del Otro en la antigua Grecia*. Gedisa: Barcelona.